



Viuda e hijos de Arango.

A. Sanchez lit.

Lit. U...

LA SAMARITANA.



## LA SAMARITANA.

¡Si scires denum Dei!  
(Joan. IV. 10.)

**H**AY en el hombre tres vidas, por las cuales responde á todo lo que existe: la vida del cuerpo, que le pone en relacion con el mundo material; la vida de la razon, que le hace compañero ó conciudadano de las criaturas inteligentes, y la vida de la fé, por la cual se une á Dios, fuente de luz, caridad infinita, belleza incorruptible.

Estas tres vidas están llenas de una enérgica actividad: llenan la historia con el ruido de sus movimientos; están unidas con el bienestar, con la ciencia y con la religion, que no pueden perecer sino con la humanidad, y producen á fuerza de sudores, de lágrimas y de sacrificios dos obras eminentes. La una temporal y relativa al género humano en su conjunto; la otra eterna, y relativa á cada uno de nosotros; como si dijéramos que la una influye sobre la civilizacion en general, y la otra sobre nuestro destino personal.

TOM. II.—40.



Estas tres vidas se reconcentran en la unidad de la conciencia humana. Como principio de todos nuestros actos, deben desarrollarse paralelamente de una manera subordinada ó soberana según su valor propio, porque los sentidos son ménos nobles que el espíritu, y el espíritu lo es ménos que la gracia divina: de ahí viene que el cuerpo no tiene derecho contra la razón, ni la razón la tiene contra la fé. Pero en el hecho, estas tres vidas se hallan en un estado de antagonismo perpétuo, y la unidad de la conciencia humana, en donde deben juntarse y armonizarse, es el turbulento teatro de una lucha inextinguible: la existencia no es mas que un belicoso esfuerzo para llegar á un término final, al que no puede llegarse de otra manera, bien sea hombre, bien sea pueblo; y esta guerra no es otra cosa que la hostilidad de fuerzas diversas que en nosotros se agitan, como si tuviésem algo de implacable.

El cristianismo, pues, vino á explicar el origen y las condiciones de esta guerra, trazar su estrategia, indicar de antemano los resultados, y prometer á los esforzados y á los cobardes recompensas y castigos determinados. El cristianismo falla sin apelación, que los sentidos nunca jamás deben triunfar, ni sobre la razón, ni sobre la fé, porque la suprema ley del hombre no está en su organización, y porque su gloria suprema no consiste ni en conservar su vida física ni su salud; pronuncia asimismo, que el consagrar el cuerpo al trabajo, al sufrimiento y á la muerte por la familia, por la patria y por Dios, no es perderlo, sino transfigurarle en la gloria. Asimismo enseña el cristianismo, que la razón es el espíritu del hombre, que la fé es la razón de Dios, y que así, tanto como el hombre está subordinado á Dios, tanto la razón debe estar subordinada á la fé: enseña, que pedir á la razón un acto de fé, no es humillarla, y mucho ménos destruirla, es elevarla, extenderla, afirmarla, así como el espíritu, que cuando modera los instintos de los sentidos, lejos de rebajar ni de matar el cuerpo, le dirige, le protege, le ennoblece.

Tan pura y tan armoniosa doctrina es fuertemente rechazada por todos aquellos cuyas preocupaciones y actos combate: con todo,

ella es el fiel resúmen del Evangelio, y ella es la que salió de los dulcísimos lábios del Salvador de los hombres. El que la estudia la ama; quien la practica, la comprende; el que llega á conocer su suavidad desea despertarla en todas las almas, repitiendo aquella palabra de Jesús á la Samaritana ¡Si supiérais lo que ella es!

El Hijo de Dios predicaba públicamente el Evangelio hacia ya algunos meses, y santificaba, por las aguas del bautismo, al pueblo que iba á escucharle y que creía en él. No pudiendo sufrir los fariseos que nadie ejerciese en nombre de las doctrinas religiosas una influencia que pretendían ellos reservarse exclusivamente, supieron con despecho que Jesús atraía la multitud, y contaba ya con numerosos discípulos. Manifestaron, pues, abiertamente su envidia, y el Señor, que conoció sus malas disposiciones, resolvió dejar la Judea y el país de Jericó, en donde se encontraba, y retirarse á Galilea, no tanto para librarse de la persecución, como para alumbrar sucesivamente, con la antorcha del Evangelio, las diversas tribus de Israel.

Para pasar del país de Jericó á Galilea, debía atravesarse la provincia de Samaria. Esta provincia estaba habitada por colonias caldeas, que el asirio Salmanazar habia puesto en lugar de los israelitas conducidos cautivos á Nínive. Una profunda enemistad los separó siempre de la nación judía, ya porque su presencia recordaba la conquista, ya sobre todo porque estas colonias habian traído de su país el culto de los ídolos, y al adoptar la ley de Moisés, la habian desfigurado con la mezcla de instituciones paganas, y en lugar de ir á Jerusalem para ofrecer allí á Dios los sacrificios prescritos, levantaron un templo sobre la montaña de Garizim, en las cercanías de su capital. Los mútuos sentimientos de odio y de desprecio se perpetuaron entre las dos razas, y duran todavía; porque hay restos de samaritanos en Siria, y sobre todo en Naplusa, la antigua Sichem.

Atravesando Jesús el país de Samaria, llegó á los alrededores de la ciudad, cerca de la heredad que Jacob habia dado á su hijo José, y que le habia costado cien corderos, entregados en cam-



bio á los hijos de Hemor. Habia allí una fuente de agua viva, que se llamaba aún, despues de dos mil años, el pozo de Jacob. Jesus cansado del viaje, se sentó junto á la fuente para descansar. Sus discípulos habian ido á la ciudad para procurarse víveres.

Una mujer de Samaria vino á sacar agua de la fuente. "Dame de beber, le dijo."—"Vos que sois judío, respondió ella, ¿cómo me pedís de beber á mí, que soy samaritana? Porque los judíos no comunican con los samaritanos." "Si conocieras el don de Dios, contestó Jesus, y quien te pide de beber, tal vez tú le harías la misma demanda, y él te daría agua viva." Esta agua viva es la que apaga el hervor de las pasiones, amortigua el ardiente deseo de los bienes perecederos, y hace al alma fecunda en buenas obras: agua verdaderamente viva, pues que viene de Dios, y á él vuelve, arrastrando consigo las almas que ha refrigerado durante su curso. A las orillas de este rio misterioso es donde tantos espíritus elevados y tantos corazones rectos han venido por espacio de diez y ocho siglos á buscar el reposo, el refrigerio y la sombra, y arraigar su vida, como una planta cuyas raices tocan á la tierra, pero cuya cima florece para el cielo.

La Samaritana replicó: "Señor, vos no teneis con que sacar agua y el pozo es muy profundo: ¿de dónde, pues, sacaríais el agua viva? ¿Sois por ventura mas grande que Jacob, nuestro padre, el cual nos dió este pozo, del que bebió él y han bebido sus hijos y sus ganados?" Los samaritanos no descendian de Jacob; pero habia entre ellos algunas familias israelitas que el vencedor no habia trasladado á Nínive, ó que habian vuelto al suelo natal despues de una larga cautividad. Además, el haber adoptado los samaritanos la ley mosaica y el haberse confundido políticamente con los judíos infieles, ponía naturalmente sobre sus lábios el nombre de Jacob y de los principales gefes de la raza hebrea, como si hubiesen considerado á los patriarcas como otros tantos progenitores suyos.

Jesus, elevando gradualmente el espíritu de la Samaritana sobre las cosas terrestres, le dijo: "Todo aquel que bebe de esta

agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca mas tendrá sed; pues del agua que yo le diere, surjirá en él una fuente hasta la vida eterna." El que tiene en su alma el espíritu de Dios, como que posee el origen de todos los goces y la plenitud de la felicidad, pierde el gusto y la sed de los goces terrenos, porque su pecho hierve en la llama de la caridad que enciende en él este espíritu divino. Esta felicidad no tendrá su perfecto cumplimiento en la vida del tiempo; mas cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una bienaventuranza inmortal, entónces se cumplirá perfectamente la palabra de Jesucristo, que no tendrá ya sed en toda la eternidad, y que del agua que le daré se hará en él una fuente, que saltará hasta la vida eterna. La expresion ó imágen literal del texto, parece tomada de aquellas aguas vivas, que conducidas por canales desde unos lugares mas elevados á otros mas bajos, forman surtidores por los cuales salta el agua hasta la altura de su origen.

El ojo del alma de la hija de Samaria no estaba abierto todavía á los resplandores del mundo espiritual, y el agua vivificante de la palabra divina no habia aun derramado sobre su corazón la ciencia de salud: tan encorvada estaba hácia la tierra, y tan oprimida la tenia la vida de sus sentidos.

Por esto Jesus, haciendo brillar á sus ojos una luz penetrante y á sus oídos una voz acusadora, añadió: "Id, llamad á vuestro marido, y venid á este lugar."—"No tengo yo marido" respondió ella.—"Razon teneis para decir que careceis de marido: pues habeis tenido cinco, y el que teneis ahora no es el vuestro. Y en esto habeis dicho verdad."

Hasta entónces parece que aquella mujer no entendia el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, y que no elevando la idea mas allá de una agua natural y comun, se la pidió al Señor con el deseo de verse libre de la fatiga de ir á buscarla. Mas el Señor, para darle una prueba de que era mas que hombre el que le hablaba, le descubrió en breves palabras la série vergonzosa de su vida pasada y el desarreglo de la presente. En tanto que el



Señor no llegó á lo mas vivo del corazon, tocando sus llagas con el dedo, podia parecerle chanza; pero convencida de su propia conciencia, y acusada por el remordimiento y reconociendo que solo es dado á Dios el penetrar los senos recónditos del alma, empezó á mirar al Señor con otro respeto y otros sentimientos. A quella increpacion llena de dulzura conmovió á la Samaritana, é hizo la confesion de sus faltas con aquella sinceridad que provoca el perdon. "Señor, le dice, yo veo que vos sois un profeta." Deja ya las ideas groseras de la tierra, que hasta allí habia tenido, y pasa á proponer un punto de religion en que consistia principalmente la division que habia entre samaritanos y judíos. Y señalando al monte Garizim que estaba cercano y sobre el cual los samaritanos habian en otro tiempo edificado un templo para las ceremonias de su culto religioso, dijo: "Nuestros padres adoraron sobre aquella montaña, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar."—"Créeme, mujer, le dice el Señor, llegado ha el dia, en que ni sobre este monte ni en Jerusalem adorareis al Padre. Vosotros adorais lo que no conocéis, y nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. El tiempo llega, y ha llegado ya en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales adoradores son los que quiere el Padre. Dios es espíritu, y aquellos que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad." Estas palabras caracterizan el nuevo culto que presto debia tomar posesion del mundo, y que poniendo en lugar de víctimas comunes una sola víctima de un precio infinito, iba á asociar para siempre la conciencia de cada hombre á este inmortal y poderoso holocausto.

El Señor describe aquí en breves y precisos términos la abolicion de las ceremonias y sacrificios, tanto de los judíos como de los samaritanos, y la universalidad del culto del verdadero Dios y de la fé de la nueva alianza: increpa el ciego culto de los samaritanos, á quienes decia que adoraban lo que no conocian, pues su culto era una mezcla informe de supersticiones idolátricas, con

alguna idea del verdadero Dios, con el cual confundian las deidades de otras naciones, y tan extravagante politeismo formaba un verdadero contraste con la religion judía que se dirigia al grande Jehová, con exclusion de todos los demas dioses. Por esto Jesus, declarándose como judío, afirma que ellos, los de su país, adoran lo que conocen, y le adoran en el lugar ordenado por el mismo Dios, que es la ciudad y el templo de Jerusalem, anunciándole por último á aquella mujer, que la salud, ó sea el Cristo de la salud, debia nacer entre los judíos, porque á ellos principalmente les fué prometido.

Indicóle ademas la diferencia aun en este mismo culto dado al verdadero Dios, por cuanto el que hasta entónces le habian dado los judíos era casi puramente exterior, y consistia en ceremonias exteriores y figurativas; y el culto que en adelante debian darle sus verdaderos adoradores era principalmente espiritual é interior, salido del doble homenaje del pensamiento y del corazon, sin por esto excluir el homenaje del cuerpo para completarle, ardiente y sincero en lo interior, y por de fuera sublime y majestuoso: no pudiendo Dios ser honrado sino con la pureza del espíritu y del corazon, porque siendo Dios espíritu, pide un servicio que sea correspondiente á su naturaleza.

"Yo sé, respondió la Samaritana, que el Mesías llamado Cristo vá á venir, y que cuando viniere nos revelará todas las cosas." "Yo lo soy, que hablo contigo," añadió el Salvador con aquella secreta fuerza de revelacion que penetra hasta en las profundidades de la conciencia, para excitar en ella el doloroso y saludable temblor de los remordimientos, ó la persuacion íntima de la verdad. En estas últimas palabras llegaron los discípulos de Jesus. La Samaritana no esperaba el Mesías del mismo modo que los judíos; pero aquella mujer, aunque no podia reconocer aquel con quien hablaba, mostraba no obstante un corazon sencillo y un grande deseo de conocer la verdad; y por esto el Señor la encontró digna de que él mismo le descubriese claramente quién era, derramando instantáneamente sobre aquella alma dichosa todo el aco-



pio de luz que le era necesario para conocerle, adorarle y amarle.

Dos discípulos, que no acostumbraban á ver á Jesus conversar con mujeres, no dejaron de sorprenderse, pero sin sombra alguna de recelo que pudiese ofender á su Maestro, pues éste, que leía en su pensamiento, se lo hubiera ya increpado. Admiraron sí la humanidad profunda del Salvador y aquella bondad admirable, que no se desdénaba de conversar con aquella pobre mujer, aunque fuese de Samaria.

Esta, pues, lleno el pensamiento de la felicidad que acababa de encontrar, se olvidó de lo mismo que allí le habia conducido, pues dejó su cántaro, y se ocupó solamente en participar tan feliz nueva á los habitantes de la ciudad, animándole asimismo el espíritu de caridad, de que todos participasen del mismo bien. El Señor, que habia infundido su gracia y su fé en el corazón de aquella mujer, le inspiró asimismo prudencia y sabiduría, sin cuyas virtudes no puede ser perfecta la caridad. Si hubiese, al llegar, gritado á grandes voces: Venid corriendo á ver al Cristo, la hubieran tenido por loca y nadie la hubiera creído. Pero ella se limita á decir: "Venid á ver á un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Si será este el Cristo?" Ved allí un anuncio interesante, humilde al mismo tiempo. Por de pronto les dá una prueba de que el personaje que ha encontrado es un gran profeta, porque penetra en lo mas oculto del corazón, y esto envuelve una implícita confesion de su vida licenciosa, harto conocida de todos. De otra parte, limitándose á proponer la verdad bajo la forma de la duda, esquivaba el reproche de una afirmacion atrevida en boca de una mujer sin instruccion ni autoridad, y picaba al mismo tiempo la curiosidad de cuantos la escuchaban, empeñándose á reconocer por sí mismos una verdad, de que ella estaba ya convencida, pero que presentándola como dudosa, mostraba una especie de deferencia al resultado de las investigaciones y al criterio de los que podian conocerlo mejor que ella. ¿Si será este el Mesías que esperamos?

Los discípulos, de su parte, rogaron á Jesus que tomase algun alimento; y él se aprovechó de esta indicacion, para recordarles que el alma debe tomar siempre su alimento; porque si el cuerpo se desarroya y conserva su existencia por medio de alimentos materiales, á su vez el alma saca su fuerza y su vida de un género de alimentos que le es propio: el cuerpo vive de lo que come, el espíritu de lo que conoce, el corazón de lo que ama. "Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabeis," les dice Jesus.—¿Le habrá traído alguno de comer?—se preguntaban entre sí los discípulos. "Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo, alzad vuestros ojos, y mirad los campos que están ya blancos para segar. El agua del pozo de Jacob, el alimento traído por los discípulos, el aspecto de las campiñas, de todo se servia Jesus para elevar el pensamiento de sus oyentes mas allá de las cosas terrestres: dirigia su mirada divina hácia el mundo espiritual, y les hacia ver que los pueblos, como ricos campos cultivados por el labrador celeste, las almas de los hombres como espigas ya amarillentas bajo el sol de la divina misericordia, aguardan la mano del operario apostólico que debe cojerlas en la fé, y llevarlas, como frutos ya sazonados, en la casa del padre de familia, que es el cielo y la eternidad.

El que trabaja en la siega divina de la conversion de los hombres, recibirá una recompensa proporcionada á su trabajo; y los frutos que recoge no son para la vida del tiempo, sino para la eternidad. Por esto añadió el Divino reparador á aquellos operarios que allí delante tenia: "Es una verdad lo que dicen, que uno es el que siembra y otro el que siega: yo os he enviado á segar lo que vosotros no labrásteis, otros lo labraron, y vosotros habeis entrado en sus labores:" aludiendo sin duda á que Moisés y los profetas habian preparado la tierra y la habian sembrado, sin poder ver el fruto de sus trabajos; pero los apóstoles, que vinieron despues, le recojieron en las innumerables conversiones que lograron en poco tiempo, y casi sin trabajo. Y como no pueden en-

TOMO II.—41.



trar envidias ni celos entre operarios que solo trabajan con el fin de la gloria de Dios, los profetas no quedaron menos satisfechos por el feliz éxito que preveían en la predicacion de sus sucesores los apóstoles, de lo que lo quedaron estos mismos sucesores.

Entretanto, por el testimonio de la Samaritana, muchos habitantes de la ciudad vinieron á encontrar á Jesus, suplicándole que se quedase con ellos, y permaneci6 en efecto por dos dias. Su palabra convirti6 á muchos de ellos, y decían despues á la mujer afortunada: "Ya no creemos por tu dicho, pues nosotros mismos le hemos oido y sabemos que es en realidad el Salvador del mundo."

Así fué arrancada á su vida delincuente, y conducida á la verdad y á la virtud aquella mujer, á la cual habia seducido el encanto de los sentidos: de esta manera fué llamada á aquella vida superior que las almas beben en las puras corrientes de la fé, y que el Evangelio ha dado á conocer á todos los pueblos. No es esto porque la carne no sea santa en su origen, como todo lo que sale de las manos de Dios; pero ella decay6 de su dignidad originaria: desposada con el espíritu, no siempre le guarda fidelidad, y en su flaqueza hace con frecuencia traicion á su sagrado destino. Por esto el Verbo de Dios quiso revestirse de ella, para restituírle la dote de su pureza y de su santidad eclipsada: por esto tambien está sujeta acá en la tierra á un trabajo de rehabilitacion, que tan considerable lugar ocupa en las numerosas dificultades de la vida humana. Combatirla y domarla es lo que ciertos hombres llaman absurdo, y que el Evangelio llama sublime; porque estos hombres tienen los ojos fijos en lo mas bajo de la tierra, y toman los gustos canagosos del cuerpo por una revelacion de nuestros supremos destinos: miéntras que el Evangelio mira hácia arriba, y vé nuestra naturaleza tal como Dios la hizo, es decir, con todas sus esperanzas, todos sus derechos y todos sus deberes.

Resueltos á amenzar en lo posible la lectura de estas biografías, hemos encontrado en la variedad de cuadros del Antiguo Testamento mayor facilidad para conseguirlo, que en la severa majestad

de las escenas que el nuevo nos presenta. Parece además que la perspectiva lejana de los tiempos primitivos permite mayor libertad á la fantasía, y dá márgen á que el génio se explaye en mas risueñas y pintorescas creaciones. La nueva ley presenta ya desde luego en sus héroes un carácter distinto, porque la dignidad del hombre rehabilitado por el mismo Dios, aparece con un colorido de abnegacion santa, y de aquella íntima comunicacion del alma con el cielo, que si bien mas angusta y sublime, no se presta tanto al variado colorido de las formas. Dios lo llena todo, y la mano del hombre tiembla de respeto cuando está presente la humanidad Divina.

Sin embargo, un corazón de mujer nos ha facilitado el poder continuar un bello episodio que abraza los resultados de la conversion de la Samaritana, sobre los cuales guarda silencio el sagrado texto. Al mismo tiempo que este cuadro interesa por su candidez y ternura es el mas suave pasto que puede darse á la piedad y á la pintura de los prodigios del amor divino. Todas las almas delicadas, sea cual fuere su posicion y su temple, esperamos que nos agradecerán nuestros buenos deseos.

Despues de una semana, y algo mas, esta mujer de Sichar, á quien habia hablado Jesus en la montaña, estaba sentada en su casa y lloraba. La voz poderosa y triste, severa y á la par consoladora que habia dicho: ¡Oh! ¡si conociérais el don de Dios! Aquella voz resonaba sin cesar á sus oidos, y retraía su corazón de sus largos extravíos. Sueños de inocencia desvanecida, secretos arrepentimientos no confesados aún de ella misma, turbaban su espíritu. Repasaba en su imaginacion sus dias, que se habian deslizado entre la febril embriaguez de las pasiones, y el rubor coloraba por un momento su faz, que muy pronto palidecia de nuevo con la amargura de sus recuerdos. Y aquel pobre corazón, por tanto tiempo lleno de los sentimientos tumultuosos de la tierra, volviase aún á pesar suyo hácia lo que habia tanto amado, porque la gracia le habia sorprendido en medio de una afeccion mas profunda y mas ardiente que cuantas hasta ent6nces le habian agita-



do; y ella palpitaba todavía como bajo el peso de los nuevos pensamientos que germinaban en su pecho, junto á los que no la habían del todo abandonado, y su alma gemía en la turbación y en la angustia.

—¿Saphan no vendrá pues? se decía en medio de la inquietud de su espíritu; él ha ido á vender sus ganados y su herencia para fijarse para siempre á mi lado. Yo habia exigido esta prueba de su amor, continuaba, hablando consigo misma. Quería yo que todo lo dejase por mi amor, como yo hubiera dejado por él todos los bienes de la tierra..... pero á los del cielo, ¿cómo renunciar ahora que han brillado ya á mis ojos! ¿Y ahora? ¿qué vá él á pensar, volviéndome á encontrar tan otra de lo que me dejó? Mas se replicaba, y crecia la palidez de su rostro, y su seno se levantaba mas agitado, ¿quién puede preveer si volverá?..... Un año de constancia le habrá causado tal vez. De otra parte, una esposa jóven y bella, ornada sin duda ¡ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre..... ¿Quién sabe?..... quizá no volverá mas. Mejor seria esto que tener que separarse..... pero no verse mas..... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Así hablaba Sarai, le bella Samaritana, conocida hasta entonces en Sichar por sus infortunios y por el atractivo de sus gracias, á las que pocos hombres sabian permanecer insensibles. Mas hoy su hermoso semblante está oscurecido por las lágrimas, y Sarai se vé abismada en amargos recuerdos mezclados de previsiones mas amargas todavía.

Saphan era jóven, era bello, y Sarai le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa; pero Saphan era un hijo de Israel, y el origen extranjero de los habitantes de Samaria, así como las diferencias que dividian su culto y sus creencias, hacian imposible toda mútua alianza. Entonces Sarai habia endulzado sus lábios con la miel de sus palabras: habia arrojado sus miradas de fuego, habiase perfumado sus cabellos, y puesto cada dia los hermosos vestidos de fiesta. No tardaron sus encantos en embria-

gar al jóven hebreo, y á semejanza del hijo pródigo, todo lo habia dejado por ella, trasformada ahora, con una palabra del Salvador, y que de lo pasado no conserva ya mas que un corazón turbado, pero arrepentido. Y sus lágrimas corrian todo el dia; y por la noche, abismada en sus tristes pensamientos, se decía: ¡Ah! si él hubiese como yo escuchado la voz de Cristo, su alma se hubiera seguramente conmovido como la mia, y los dos juntos seguiríamos donde quiera el Salvador, para escuchar siempre los acentos que hacen levantar los muertos de sus sepulcros y los pecadores del abismo de sus pecados. ¿Pero, me querrá creer, á mí, pobre mujer, sin ciencia y sin autoridad? ¡Oh, Dios mio! yo no espero sino en vos!

Sarai rogaba con ardor para ella y para aquel otro ella misma, que queria tambien salvar. Porque, ¿hemos de decirlo? el cielo y sus delicias, y sus dias eternos, parecen apenas apetecibles al corazón de una nueva neófita, conmovida aún con las pasiones de la tierra, sin aquel á quien espera, ó encontrar allá, ó arrastrar consigo. ¡Ah! porque el rayo que lleva en su corazón es un rayo perdido del amor eterno que debe ser vuelto á él, despues de haber abrazado el seno que le habia recibido para otro uso.

Al caer de aquel dia, despues de una luna de ausencia, pareció Saphan á la puerta de la casa de Sarai, y como conocia el secreto, la abrió sin dificultad.

Al entrar en la habitacion baja que habitaba la jóven, dejó su aljaba y su palo de viaje, y adelantándose hácia ella, le dijo en un tono que manifestaba una fuerte emocion: “Sarai; ya me tienes de vuelta y á tu lado..... He dado un adios, como tú lo has querido, á mi padre, á mi pobre madre, á mis hermanos, al techo que me vió nacer, á la que me estaba destinada para esposa. He roto todos los lazos que podian alejarme de tí..... Su semblante apareció como sombreado por una nube; pero pasando una mano sobre su frente, como para ahuyentar una idea importuna, continuó:—Ven, Sarai, ¡hágame mi amor olvidar todo cuanto he dejado por tí!—Pero Sarai permanecía trémula lejos de él, y no ade-



lataba. Las sombras empezaban á subir al horizonte; un postrer rayo de sol, al morir, atravesó las rendijas de la ventana, iluminando los negros cabellos de Sarai, y dorándolos con un brillante reflejo. Pero su rostro estaba en la oscuridad. Acercóse Saphan y la miró: estaba inundada en lágrimas.

—¿Qué ha sucedido, replica algo bruscamente el jóven, de dónde viene tan extraño recibimiento? No, tú no me recibías así..... ¿Ha sido tal vez demasiado larga mi ausencia, para la constancia de un corazón de mujer? ¿Soy olvidado? habla á lo ménos.

Un suspiro de Sarai fué toda su respuesta. Estas palabras de su amante le hicieron conocer toda la profundidad de su abyeccion, pues podia creerse tan versátil su corazón, y capaz de cambiar tan pronto de objeto. Saphan la examinaba con ojos de sospecha. Continuó, pues, y su voz temblaba en la cavidad de su robusto pecho:—Dímelo, ¿he obrado mal en dejarlo todo por amor tuyo?..... ¡Oh! si pudiese así creerlo, siguió en la angustia que le agitaba..... ¡dilo, dílo, Sarai! Tan presto vas á vengar á mis padres y á mi jóven prometida, del abandono inesperado en que les acabó de dejar? Mi padre, á quien Dios bendiga y consuele, mi padre, el sábio anciano, me lo ha dicho ya, que tú los vengarias un dia á todos. Pero yo, en mi ceguera y en mi amor insensato, no he querido creerle. ¿Y tú eres la que tan pronto debes convencerme? Y estaba mirando á Sarai, y sus ojos expresaban una desconfianza mezclada de cólera y de dolor.

¡Saphan! exclamó ella, ¡yo os amo siempre! oh, sí, siempre lo bastante para morir por vos si teneis necesidad de mi vida.—¡Y pues! dijo Saphan con un acento de fiereza.—Durante vuestra ausencia, han pasado aquí en estos lugares algunas cosas..... de las que hubiera querido que fuéscis testigo, Saphan, y estas cosas me han dado á conocer que otros pensamientos, muy diferentes de los de la tierra, deben llenar el espíritu de las criaturas de Dios.

Saphan en pié, con los brazos cruzados y contraídos, miraba á aquella mujer conmovida y palpitante, y no sabiendo leer en el

fondo de su alma qué suerte de agitaciones la turbaban, en un terrible acceso de furor contenido, exclamó:—¡Ah! ¡corazon de mujer, mas inconstante que las ondas móviles del mar! ¡qué extravío del pensamiento, qué vértigo se apoderó del que creyera poder descansar sobre tí! ¡Oh desdicha! ¿yo era, pues, un insensato?—Saphan, querido Saphan, no me maldigas, exclamó ella echándose de rodillas delante de él y besando sus manos con un dolor inmenso. ¡Oh! no me oprimas, no me mates con ese horrible menosprecio que leo en tus ojos. No, no lo creas así: no ha cambiado mi corazón, es tuyo, es demasiado tuyo; te ama á tí únicamente, y jamás le poseerá otro. Pero escucha, ha brillado á mi vista una nueva y súbita luz, que me ha mostrado mi nada y mi miseria. He comprendido, he sentido misterios desconocidos, cuya sublimidad me ha aterrado. Una voz me ha hablado. ¡Oh! ¡Saphan! ¡si conocieses tú tambien el don de Dios!—¿Qué quieres decirme? Estas palabras son para mí incomprensibles. Y Saphan arrojaba sobre la jóven, miradas de acriminacion, acompañadas de un desdén profundo. Parecia decirle: ¿Así es como pagas todos los sacrificios que por tí he hecho?

Pocos hombres saben cumplirlos, sin echarlos ménos al momento, pues no acostumbran hacerlos sino á sus pasiones, siempre prontas en transformarse en pasiones contrarias. Saphan se habia dejado sorprender por cariñosas palabras de una mujer bella y apasionada. Habíase abandonado sin defensa á sus seductoras gracias. Subyugado por sus encantos, nada le habia costado la resolucion de romper por ella todos los lazos que unen á los hombres entre sí. Todo lo habia roto bruscamente y sin pensar, á fin de seguir sin trabas sus inclinaciones. Mas ahora que sospecha de su constancia, ahora quizá que habia destruido todos los obstáculos que entre los dos se levantaban, su pensamiento le ofrecia de nuevo las imágenes que se habia en vano esforzado á rechazar. Cuando hacemos un sacrificio de nuestros mas queridas é inocentes afecciones para ponerlas á los piés de un ídolo que creemos nos aparta de sí, sentimos el mayor tormento que puede devorar



el alma del hombre. Saphan veía en aquel momento su anciana madre llorando y dándole el último adiós, su padre enfermo y agoviado de pesares y sus hermanos, fieles á las antiguas costumbres, seguirle con severa mirada cuando les habia dicho adiós. Volvia á ver tambien su prometida esposa, la bella y encantadora Idi-da, que ocultaba sus lágrimas bajo el velo cuando él se habia alejado.

Sin él saberlo, habia traído á Sichar un corazón irresoluto con imágenes de una pura felicidad, y recuerdos y remordimientos que él queria olvidar entre los fuegos de una pasión ardiente. ¡Ay! un corazón que vé de lejos las lumbres divinas, encierra muchas miserias secretas: lleva en sus propios sentimientos una debilidad innata, una llaga que le corroe y que se los hace incompletos: desea y teme, llama y rechaza, quiere y no quiere, y no se adhiere por fin sino á lo que le escapa.

Sarai vió en una sola mirada todo lo que pasaba en el corazón de Saphan; pues se sentia doblemente iluminada por el amor y por el dolor.—¡Oh Saphan! exclamó llorando con amargura; ¿por qué no te resististe tú, cuando, loca de mí, te exigia tan grandes sacrificios? ¡Ay! yo creia pagártelos con toda una vida llena de amor y de adhesión, por toda una existencia consagrada á tí, pues yo te amo como nunca jamás se ha amado.—Si tú me amases..... —¡Oh mi Dios! Sí, yo te amo..... Mas, continuó bajando los ojos llenos de lágrimas, el Cristo, el Salvador ha bajado en Sichar; nos ha hecho oír su palabra divina, y su voz ha removido mi alma hasta lo mas profundo de ella.

Saphan sonrió de un modo extraño.

Tú ya no me crees, repuso Sarai, como agobiada por un grande peso. He perdido el derecho de persuadirte. ¿No le hubiera tenido yo sino para tu perdición? ¡Ah! ¿por qué no te hallabas tú aquí? ¡Fatal viaje! ¿Por qué me dejaste? Tú hubieras visto y tú hubieras sentido como nosotros el poder irresistible que ejerce. Él ha hablado y todo el mundo ha enmudecido para escucharle. Ha curado á aquellos que sufrían de algunos males ó de alguna

languidez, y su límpida mirada penetraba hasta el fondo de las conciencias, y las turbaba como un rayo del sol turba el agua á la que á un tiempo calienta é ilumina.

Y bien, dijo Saphan en acento brusco, ¿á dónde nos conducirá este discurso?—Pues bien, replicó Sarai con una voz débil, pero asegurada por una sincera convicción, he reconocido mi culpa, y de ella me he arrepentido.—¿Con quién? exclamó Saphan en tono de un profundo desprecio.

Dos lágrimas saltaron de los ojos de Sarai á este insulto inesperado.

—Tú no me crees, respondió ella con desolada voz. ¡Ah! bien merecido lo tengo. El terrible castigo de una conducta insensata, es el no poder inspirar mas la confianza. ¿Qué os diré yo ahora? si vos no poneis el menor crédito á mis palabras. Vamos á encontrar á Eliezer: sus sencillos discursos te convencerán quiza. Pero vedle, que llega ya.

En efecto, un anciano, inclinado bajo el peso de los años, llegaba de los campos de donde sin duda durante el dia habia vigilado algunos trabajos. Era Eliezer tío de Sarai, y padre de los jóvenes que sucesivamente habian muerto despues de tomarla por esposa. Eliezer era un anciano entendido, sencillo en sus palabras, y cuyas acciones habian sido todas buenas delante de Dios. Sus canas eran por todos respetadas, porque la experiencia consumada es la corona de los viejos, y su gloria consiste en el temor de Dios.

Saphan, hijo mio, seas bien venido, dijo al joven, alargándole su rugosa mano. Levantóse éste por respeto á la vejez, siguiendo aquel precepto de la escritura: "Levántate delante de aquellos que tienen cabellos blancos: honra la persona del anciano." Pero no respondió. Este afectuoso acojimiento no dejó de sorprenderle, y le dió alguna escozor en el corazón: porque Eliezer, sabiendo que un hijo de Israel no podia ser esposo de una samaritana, habia vituperado fuertemente sus relaciones con su sobrina. Bondades hay que hacen presentir la desgracia.